

Observaciones románticas

JUAN CARLOS SARAVIA VARGAS

Ardilla en la rama alta

Con tu vida desafías constantemente a la muerte,]
oh, maestra trapecista confiada,
en las alturas te bamboleas creyendo
en tu suerte]
y asciendes para escapar de mi mirada.
Te detienes, lejos, en un frágil punto de
apoyo.]
¿No taladra el vértigo en tu corazón un
hoyo?]
me pregunto al verte trepar el árbol,
hábil ardilla,]
pues el viento que en el suelo las hojas
rastrilla]
en lo alto ha de presentarte algún escollo
a ti, que al borde de una fina rama
pendes.]
Me pregunto si acaso comprendes
la razón por la cual las hojas en la
rama faltan;]
¿las arrancó implacable la tormenta?
Mira las grietas que en la corteza re-
saltan:]
trae la ciudad al árbol una muerte lenta.

Cruje tu asiento con el viento frío;
eres un punto que rasga el vacío;
alcanzas una rama baja, sacudes tu
cola altiva,]
e indiferente, tras la corteza, desapare-
ces esquiva.]

Caminante triste

Sobre tierra marchó lentamente;
mis pies en la arena marcan huela-
llas.]]

Caminante, mira arriba atentamente,
el firmamento alumbrado por centellas:
quienes se aman, sus pasiones afuellan
y con alas que el amor puso en sus lomos
al fin libres, al cielo suben.
Abandona ya la vida solitaria de los lobos;
Vuela, alcanza también tú las nubes.
¿Por qué habrías de quedarte acá abajo?

Me muevo pesadamente, cual escara-
bajo,]
pues una noche clara, buscando luces
bellas,]
hacia la luna volé con trabajo
y mi ilusión rasgaron cruelmente las
estrellas.]]

Por tanto hoy, triste, en la tierra dejo
sendas;]
ya mis pies no se lastiman con las
piedras.]]

Sobre la roca

Sobre la roca contemplo el océano
absorto, sin tiempo, en su apasio-
nado vaivén:]

Eterno baile de olas, espuma clara,
compás de amor que cautiva mi ser.

Entona la marea sensual estrofa y an-
tiestrofa,]

flujo y reflujo, perfecta sincronía que
invita,]

caricias en la playa de manos suaves,
dedos sutiles, aguas de malaquita.

Es tu secreto susurro de mar escondido
en blancas arenas de tierras ardientes
donde surcan el cielo en grupos alados
deseos callados,

cual gaviotas hacia el sol poniente,

y al apagarse la tarde ambarina

con la noche se alejan,

envueltos en aroma de brisa marina.

Noches de tormenta

Me gustan las noches cuando
llueve fuerte]

y regreso a casa por completo
empapado;]

el mundo, por fin amigo, llora mi suerte:
mis lágrimas con las del cielo se han
juntado.]

Me gustan las noches oscuras con
tormenta]

cuando rugen los cielos por rayos azo-
tados,]

pues los temores que mi corazón ame-
drentan]

con cada trueno saltan y se alejan
asustados.]

Me gustan esas noches tétricas, enca-
potadas,]

que al ver la soledad mi corazón devo-
rando]

vierten furiosas cubetas en mi alma
atribulada]

y la usurpadora huye a nado, resoplando.

Oscuridad y tormenta disuelven for-
mas y penas,]

por tanto, amo las noches negras sin
estrellas:]

indiferente, el día inyecta dolor en mis
venas,]

mas, sin luz, su aguja en mí no deja
huellas.]

Competencia por la vida

¿**Q**uién les dio la señal?

No podría decirlo,
pero todos, tras larga espera,

en fantástica sincronía ahora nadan
agitando su fuerte cola con prisa

aunque, al final, solamente uno
se hará con el codiciado premio,

redondo, dispuesto y merecido
en medio de un medio líquido.

El vencedor penetrará primero
poniendo fin a la competencia;

girará y girará en celebración primitiva,
empapándose con el jugo de la vida.

Los otros, vencidos,

intentarán tomar parte,

pero será ya muy tarde:

el placer de la victoria pertenece

tan sólo al primer cocodrilo

que alcanza al jabalí cruzando el río.